

Las relaciones entre universales y particulares.

Sobre el significado de Jorge Dotti en mi experiencia personal-política.

MACARENA MAREY

(CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS-
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES-ARGENTINA)

El Profesor Jorge Dotti es nuestro maestro

Soy filósofa política desde hace casi dos décadas. Jorge Dotti fue mi profesor en la materia Filosofía política de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en 1999 (aquella cursada que adquirió un estatuto cuasi mítico: Jorge dio diez de un total de catorce teóricos sobre la *Wissenschaft der Logik*. Diecinueve años después, los estudiantes siguen preparando Hegel con las transcripciones de esas clases para rendir el final de la materia). Jorge fue también quien hace casi diez años, por medio de un procedimiento de selección interna (práctica sucedánea de los concursos docentes que se usa en nuestra Facultad para cubrir cargos interinos) al que me había presentado con muy pocas expectativas de éxito, me eligió para que formara parte de su cátedra, en un gesto de generosidad muy poco común en un ambiente de trabajo (la academia) que nos acostumbró al egoísmo, al individualismo, a la ingratitud y a la arbitrariedad, a tomar por natural la mercantilización de nuestras vocaciones, por la cual se nos ponen precios a nuestras personas y se nos considera cosas intercambiables. Yo no había hecho mis tesis ni tenido mis becas de formación bajo su dirección pero aun así él me incluyó en su equipo de trabajo. Es por esto que a Jorge le debo más que a ninguna otra persona mi lugar en la Universidad de Buenos Aires, a él y a esa vocación filosófico-política por la que privilegiaba la discusión filosófica libre y seria por sobre mitos meritocráticos y sin hacer distinción de adscripciones filosóficas y políticas. La seriedad y profundidad de esa vocación lo llevaron también a mantenerse alejado de cualquier pretensión de poder fáctico en las



JORGE DOTTI,
in memoriam

instituciones. Por estos motivos, muchos de mis compañeros han expresado públicamente en diversos medios (entre otros, en una nota editorial de esta revista) que sin Jorge estamos en orfandad. Yo también creo que la academia se ha vuelto más hostil sin él. Sin embargo, también pienso que lo colectivo de esta experiencia de orfandad es lo que nos hace menos vulnerables frente a y dentro de un estado de (segunda) naturaleza que responde a la lógica frágil e innecesaria del derecho del más fuerte. En otras palabras, el legado de Jorge, al menos según resulta desde la perspectiva situada de mi experiencia personal-política, está sobre todo en el modo en el que sus estudiantes podemos generar los lazos sociales de una normatividad filosófica con la que fundar un Estado ético contrapuesto a la inhabitabilidad de la academia en esta época de desuniversalización-desparticularización.

Este testimonio brevísimo que me invitaron a compartir mis colegas de *Ideas* es en realidad un momento emotivo y afectivo en una reflexión permanente sobre los modos en que hacemos filosofía en las instituciones académicas. Reflexionar sobre las condiciones materiales y simbólicas en las que desarrollamos nuestras labores como docentes e investigadorxs es una acción continua y al mismo tiempo personal, colectiva y objetiva no sólo porque toda reflexión es por necesidad inacabable especialmente cuando su objeto es la producción de conocimiento. Si hay un lugar en el que se disuelve en mito el dualismo sujeto-objeto es precisamente aquí, es decir en la acción de reflexionar sobre nuestras tareas de elaboración y transmisión de saberes filosóficos *qua* modos situados del pensar y del hacer. Las condiciones en las que pensamos son constitutivas de nuestro pensar y de nuestros pensamientos y nuestra percepción de lo real tiene una relación productiva y reproductiva respecto de esas condiciones (y de la equidad y justicia de sus estructuraciones). Aquí está una instancia de esos objetos-agentes del conocimiento situado de los que habla Haraway, aquí está una de las rosas que hacen del danzar un llamado (un deber y una tarea).

Memento mori

Hay otro sentido en el que pienso el legado de Jorge situadamente: la perspectiva personal-política desde la cual puedo hoy (a mediados de 2018, en Buenos Aires, en un contexto económico-político ad-

verso al desarrollo de nuestras labores investigativas y docentes, y como mujer sudamericana, feminista, kantiana y marxista) hacer inteligible para mí trayectoria en la filosofía política, que no es algo muy diferente de decir “mi biografía”.

Uno de los contenidos epifánicos que apareció en mi conciencia el día en el que nos enteramos de la muerte de Jorge fue “hoy dejé de ser estudiante”. Me recibí en 2003, me doctoré en 2010 y nunca había dejado de sentirme estudiante. Siempre voy a ser estudiante porque mi trabajo es estudiar filosofía, eso es evidente, pero dejé de ser estudiante ese día en un sentido específico. Con Jorge se fue una época en la que muchos todavía nos sentíamos amparados también porque sentíamos que había a quién ir a preguntarle lo que no sabíamos, alguien de quien seguir aprendiendo. La mayoría de edad no se alcanza de manera individual, es siempre en relación-con. Nadie se atreve *stricto sensu* a saber en soledad. El solipsismo no es más que un contexto de injusticia para el pensamiento y por eso es que necesitamos también tener maestras y maestros. La filosofía es un aprender necesariamente intergeneracional.

¿Cómo cuidar la dignidad de las personas en lo inmediato de su muerte? Es una tarea para quienes vivimos y es evidente que nos falta mucho para conseguirlo, quizás porque no podemos detenernos a pensarlo lo suficiente: si podemos acaso pensar frente a la muerte tendemos a pensar sobre la muerte en sí, como lo abstracto de la ausencia concreta, sin prestarle atención a lo que sucede a propósito de ella y a su alrededor. Pero la dignidad de una persona no se apaga con la muerte y la muerte no nos iguala. Como casi todas las personas que conozco, quiero creer que Epicuro tenía razón, pero no me sale. Relacionarnos con la muerte es una cuestión de cómo juegan entre sí finito e infinito y lo difícil, *pace nos*, filósofos, es lo finito. La fenomenología y la dialéctica del duelo tienen lamentablemente inscritas la conciencia de que superamos casi todo. “Lamentablemente” porque sabemos del devenir del dolor presente por causa de dolores y pérdidas pasadas y porque es algo desmoralizante saber que terminaremos asimilando ausencias. Reconciliarse con la realidad, que siempre gana, como dice Freud en *Trauer und Melancholie*, me pareció siempre un modo de traicionarnos, pero sabemos que no nos queda otra cosa para hacer: a quien intenta retroceder, por espanto o por desgano, la situación misma y sus circunstancias le gritan “*Hic Rhodus, hic salta! Hier ist die Rose, hier tanze!*” (Marx esta vez). Ha-



JORGE DOTTI,
in memoriam

emos lo que podemos con la finitud y sólo raras veces lo que debemos. ¿Qué hay entre el pensar y el sentir que se escinden frente a la muerte de una persona querida? Hay el llamado a hacer y en el caso de Jorge la acción toma la forma específica del emular. Quedarse inmóvil en ese intermundo entre el universal y el particular sería algo de seres pervertidos, podría decir Rousseau. Con Jorge Dotti aprendimos que la distancia entre universales y particulares no es el hiato entre dos mundos, es la apertura en la que se componen los mundos en los que vivimos y los que queremos fundar.

“Die Frage ist diese: Wie muß eine Welt für ein moralisches Wesen beschaffen sein?”

El cierre narrativo y conclusivo que tiene este pequeño texto en particular, como instancia determinada de una reflexión que será de toda una vida, es, en este momento, muy claro y distinto para mí, aunque decida no explicitarlo del todo. Salvando (o no) las distancias, es un resultado como aquel con el que empieza la *Wissenschaft der Logik*.

Para quienes hacemos filosofía política, nuestro objeto de estudio informa de una manera muy especial el modo en el que lo estudiamos: estamos en una institución estatal produciendo conocimiento sobre el Estado. La institucionalidad y la estatalidad son productos de la agencia y, a su vez, son agentes. En nuestra disciplina, los hechos de que los objetos de estudio tienen agencia y de que actúan sobre el modo en el que percibimos el mundo son parte del saber de nuestra disciplina. Pienso que esto nos da ciertas ventajas respecto de otras disciplinas (incluyendo otras disciplinas filosóficas) para entender la filosofía (las filosofías) en su carácter de situada y para emprender proyectos de filosofías, ciencias y saberes sucesores, como reclaman por caso las epistemologías feministas. En nuestro marco práctico personal-institucional-político y desde esa situación determinada, podemos armar nuestros propios conocimientos a partir de la apertura de los conceptos que conforman las gramáticas, los estilos y los idiomas de las teorías y las prácticas políticas.

Jorge Dotti nos enseñó a hacer filosofía política incluso a quienes no piensan exactamente como él porque nos enseñó que el valor de la teoría está en su práctica. La filosofía es invendible, no se presta a ser mercancía, no tiene precio, tiene dignidad. La filosofía es intergeneracional e internacionalista. Nos queda actuar de modo tal que hagamos advenir un mundo futuro en el que la vida universitaria, nuestro mundo de la vida, gane en conciencia de las intersecciones y pierda todo lo de innecesario que haya en su hostilidad.

Yo quiero y necesito hablar del legado de Jorge Dotti como un asunto personal-político. Jorge me transmitió valiosos contenidos filosóficos como mi profesor y luego como el titular de la cátedra en la que me desempeñé como docente e investigadora. He llegado a compartir muchas de sus tesis fundamentales acerca de la filosofía política con la misma convicción que él mostraba. Aprendí también de él a tener mis propias lecturas de los sistemas, a tener posiciones propias y originales en filosofía y a defenderlas a veces de manera temeraria. Pero lo que más lo ha vuelto mi maestro es que gracias a él puedo dar testimonio de que sí se puede hacer filosofía de una manera generosa, humilde, seria y apasionada, sin concesiones, sin prejuicios, sin demagogia. Jorge me legó la conciencia de esa posibilidad de otro filosofar como un *Faktum* y también un lugar en el que hacerlo: me reservó un lugar docente en la filosofía política, mi *métier* vocacional y profesional desde hace dos décadas, que para mí es ahora una trinchera desde la que proyectar junto con otros estudiantes como yo y por medio de acciones que emulen las suyas esa configuración nueva de una academia sucesora, nuestra y hospitalaria. Ahí también hay una rosa.

Es difícil decir “hasta siempre” cuando sabemos que no vamos a obtener respuesta. El eco de la despedida eterna es insoportable. A Jorge Dotti prefiero decirle “gracias”. Del agradecimiento genuino no cabe esperar respuesta porque es lo que nos cabe devolver moralmente frente a los dones. “Gracias” y después ese otro silencio. Este silencio como respuesta a la gratitud es más tolerable y poder vivirlo con dignidad es, para quienes no tenemos dioses, lo que refuta definitivamente al ateísmo del mundo ético.

